

Retrats

NIEVES ALBEROLA CRESPO*

El galimatías de Susan Sontag, *la belle dame sans merci* de las letras norteamericanas

*La humanidad sigue igual que estaba, en la caverna
de Platón; enfrascada, cual su inveterada
costumbre, en meras imágenes de la verdad.*

Susan Sontag, *Sobre la fotografía*

Quizá títulos como *Notas sobre lo camp*, *Sobre la fotografía*, *Estilos radicales*, *Bajo el signo de Saturno*, *La enfermedad y sus metáforas* o *El amante del volcán* sean de sobra conocidos en los círculos culturales y artísticos; pero, ¿qué sabemos sobre la vida y personalidad de la filósofa, de la cronista de la cultura contemporánea que se esconde tras el título de estas obras?

Susan Sontag nació en el Hospital de Mujeres de Manhattan el 16 de enero de 1933. Sus padres, Jack Rosenblatt y Mildred Jacobson, eran descendientes de judíos austriacos y polacos; tenían un negocio de compraventa de pieles y pasaban la mayor parte del tiempo en China. De hecho, Susan pasaría sus primeros cinco años de vida bajo el cuidado de sus abuelos y parientes en Nueva York.

En 1938, cuando todavía no había cumplido los treinta y cinco, Jack falleció a causa de una tuberculosis pulmonar en el hospital germano-americano de Tientsin (China) y Mildred se vio obligada a regresar a Nueva York. Sufriría períodos de depresión pues la pérdida de su marido significaba también quedarse sin empleo, sin independencia, sin posición y sin los ingresos procedentes de su negocio en común.

La pequeña Susan padecería su primer ataque de asma a los cinco años, por lo que Mildred decidió ir en busca de un clima más apropiado. Tras una breve estancia en Miami (Florida),¹ se establecieron en Tucson (Arizona) durante diez años. En sus largos paseos por estas tierras desérticas, le gustaba buscar puntas

* Profesora de Literatura Inglesa y Norteamericana de la Universitat Jaume I.

¹ De su breve estancia en Miami, Susan recuerda, entre otras cosas, el día en que la cocinera negra la llevó a un parque. Vio un cartel sobre un banco que rezaba «Sólo para blancos» y le dijo a la cocinera: «podemos quedarnos aquí, y tú te sientas en mis rodillas».

de flechas, serpientes, llenarse los bolsillos de piedras preciosas para ella e imaginarse que era la última de las indias o una exploradora solitaria. Influenciada por la lectura de *Los miserables*, *Mujercitas*, *La vida de Marie Curie* o el libro de viajes de Richard Halliburton, anhelaba, a una temprana edad, discurrir por una vida repleta de innumerables aventuras y emociones, e incluso empezó a intuir cuán privilegiada podía ser la vida de un escritor. Un escritor es libre de inventarse y reinventarse, de optar a distintos estilos de vida que profesionales de la ciencia o la medicina tienen vedado.² Quizá atraída por estas ideas, antes de los diez años creó su propia revista literaria mensual que vendía a sus vecinos por cinco centavos y en la que incluía poemas, relatos y obras de teatro que ella misma escribía.

En 1946, tras el enlace entre Mildred y Nathan Sontag, capitán de las Fuerzas Aéreas, la familia se trasladó a California. El nuevo apellido, Sontag, se adecuaba a su emergente identidad como escritora. A los trece años leía todos los números de la revista *Partisan Review* y soñaba con trasladarse a vivir a Nueva York y trabajar en ella. Se afanaba por buscar amistades con las que compartir su dedicación a lo que André Gide³ denominaba «el culto al arte».

Tras graduarse en el instituto en 1948, pasó un semestre en la Universidad de Berkeley y en otoño de 1949 ingresó en la Universidad de Chicago, elección esta última basada en que esta universidad «no poseía equipo de fútbol y todo lo que la gente hacía allí era estudiar». Allí aprendería a leer los textos con detenimiento; disfrutó yendo a conciertos, a la ópera y al cine; y participó en obras teatrales universitarias. Kenneth Burke fue uno de sus profesores: representaba al intelectual independiente; era político –pero no demasiado– y se hallaba inmerso en los últimos debates estéticos procedentes de Europa. Era el primero que había trabajado con mujeres en términos de igualdad y le contagió a Susan el feminismo militante que impregnaba el panorama artístico del Greenwich Village en los años inmediatamente previos a la Primera Guerra Mundial.⁴ Ser socialista, ser feminista, ser artista... todo ello podía combinarse y Sontag habría de buscar una síntesis, una tercera vía.

En la Universidad de Chicago era posible asistir a clases en calidad de oyente, por ello en diciembre de 1950, animada por los comentarios de sus compañeros sobre el profesor de sociología Philip Rieff, asistió a una de sus clases. Llegó unos minutos tarde y tuvo que atravesar el aula para llegar al único sitio libre. Al concluir la clase fue la última en marcharse y en el momento en que

2 En Edgar Allan Poe encontró un padre literario; en su obra aventurera e intelectual encontramos personajes atraídos por las grutas o cavernas de la mente. Al igual que Poe, Sontag buscaría su inspiración en Europa.

3 Sontag descubrió a André Gide a los trece años: su devoción por el teatro, las artes plásticas, la política y la música le convertían en el intelectual y artista más completo.

4 Sontag le dijo para su asombro que ella había leído todos sus libros y Burke le habló de la época en la que había compartido apartamento en Greenwich Village en la década de los veinte con Hart Crane y Djuna Barnes.

Susan salía por la puerta, él la asió por el brazo y le preguntó su nombre. Ella intentó disculparse y él la interrumpió preguntándole: «¿Quiere comer conmigo?». Ella aceptó la invitación y tan sólo diez días más tarde se casaron. Esta joven intelectual de espíritu aventurero e independiente se negó a tomar el apellido de su marido y a compartir las expectativas de un matrimonio tradicional al más puro estilo convencional de los años cincuenta. Sin embargo, llegado el momento, no quiso perderse la gran experiencia de ser madre y en septiembre de 1952 nació David.

Durante el embarazo leyó *El segundo sexo* de Simon de Beauvoir y completó la licenciatura en Filosofía en la Universidad de Harvard. Philip Rieff⁵ no sería capaz de adaptarse al tipo de vida familiar que Susan deseaba: era un hombre demasiado convencional y chapado a la antigua, y ella deseaba estar libre y sin ambages continuar sus estudios y realizar otras actividades cuando le acomodaran.

Tras licenciarse en Filosofía, la Asociación Norteamericana de Mujeres Universitarias le concedió una beca para continuar sus estudios en Inglaterra durante el curso académico 1957-1958. El ambiente hostil de la Universidad de Oxford donde las mujeres eran recibidas con cierto desprecio y curiosidad, chocó con su aspecto andrógino y su considerable independencia por lo que decidió marcharse a París. Allí se puso en contacto con Harriet Sohmers –a quien había conocido en Berkely y con la que había trabado una gran amistad– que en aquel momento trabajaba para el *Herald Tribune* y juntas viajaron por Europa.

En París estudió a Bretón y a los surrealistas; se sumergió en el mundo intelectual y cinematográfico francés; se esforzó por hablar la lengua de los filósofos, novelistas y críticos cinematográficos franceses. Comenzó a crear sus propios conceptos de estética que fueran más allá de la división categórica entre alta y baja cultura propuesta por críticos como Clement Greenberg. Esta experiencia constituiría la base para desarrollar sus relevantes ensayos a partir de la década de los sesenta⁶ y la llevaría a replantearse incluso su situación personal. Si bien no se arrepentía de su matrimonio, le encontraba demasiadas limitaciones. Así pues, cuando regresó a Estados Unidos, se vio obligada a elegir entre el proyecto de vida familiar y la vida profesional.

Al decantarse por el último, le pidió el divorcio a Rieff y se marchó con su hijo David a Nueva York con dos maletas y setenta dólares, negándose a aceptar una pensión o apoyo económico, decisión que constituía su declaración de independencia. Aceptó diversos puestos docentes en distintas universidades y

⁵ Rieff y Sontag trabajaron juntos en la redacción y edición del libro *Freud: The Mind of the Moralizer* que se publicó en 1959.

⁶ En la década de los sesenta, Susan Sontag contribuyó a la crítica norteamericana con una sofisticación europea que cambió las bases del debate intelectual y cultural. Demostró una comprensión que abarcaba todas las artes, inspirándose en una mente adiestrada en la filosofía.

en junio de 1960 ella y David viajaron a la nueva Cuba castrista donde se empapó de cultura revolucionaria. Tras regresar de Cuba, en otoño de 1960 impartió clases en la Facultad de Religión de la Universidad de Columbia. Los fines de semana y todo un verano los dedicaría a la redacción de su primera novela *The Benefactor* que fue publicada en 1963.

La década de los sesenta sería muy productiva y durante la misma se convirtió en una celebridad cuya imagen aparecería incluso en las revistas de moda. En 1961 se hallaba inmersa en la redacción de sus primeros ensayos: *Notes on Camp, On Style* y otros en los que era capaz de escribir con autoridad no sólo sobre cine, filosofía, literatura e historia, sino también sobre las vanguardias neoyorquina y europea. Y en 1962 su sueño de escribir para *Partisan Review* se hizo realidad. Sontag aportaba glamour al concepto de intelectualidad: era una belleza con cerebro, un ejemplo para todas aquellas mujeres que empezaban a buscar trabajo fuera del hogar y a pensar en carreras universitarias.

Su primer ensayo *Notas sobre lo camp* publicado en *Partisan Review* en otoño de 1964 fue lo bastante provocativo como para granjearle la fama de la noche a la mañana. Este ensayo que se inicia con la dedicatoria: «Las presentes notas son para Oscar Wilde» es un intento por definir la estética camp; la ensayista deseaba sumergir al público en los encantos del camp, en ese juego semioculto, semivelado, en el que nunca queda claro hasta qué punto una simulación es tan sólo una simulación o se supone que es algo más serio; el camp es un veredicto eternamente aplazado. Sontag llega a declarar: «Me siento poderosamente atraída por lo camp y al mismo tiempo casi tan poderosamente repelida por él». Desea capturar una sensibilidad que no está gobernada por la razón sino que funciona bajo la lógica del gusto. Lo camp se convierte para ella en un vehículo mediante el cual pueda anunciar sus ideas sobre estilo y artificio: «el arte en sí no es mimético ni una copia del mundo, sino una emanación del artista, una suerte de sortilegio. Lo camp tiene que ver con el reconocimiento de una textura, de una superficie sensual, no del contenido... Lo camp se ve atraído por lo andrógino y por lo poderosamente exagerado o cursi porque son conceptos que sugieren que la vida es un escenario, un teatro, una construcción del yo... Lo camp es la respuesta al problema: cómo ser un dandi en la época de la cultura de masas».

Esa actitud dividida que manifiesta en su primer ensayo, ese sentimiento de profunda simpatía alterada por la repulsión, impregnará casi todos sus escritos pues Sontag desea mantener la tensión entre verse atrapada por su propio tema o trascenderlo. Su estilo personal, denso, pedagógico, polimático y parodiable anunciaba una nueva forma de contemplar los objetos de nuestra cultura. Al combinar la cultura popular y la cultura de élite, se convierte en la profetisa de lo inefable en el mundo contemporáneo y recomienda en repetidas ocasiones sumergirse en el arte, en la experiencia del arte y no del intelecto que intenta extraer alguna conclusión del mismo. Así por ejemplo en su ensayo *Contra la in-*

interpretación argumenta que los críticos contemporáneos dan demasiada importancia al contenido haciendo caso omiso del estilo y de la forma, que es donde realmente reside la firma del artista. Propone un debate mediante el cual reparar el desequilibrio entre forma y contenido, impulsarlo hacia las proximidades del estilo y detener o al menos intentar posponer la ávida caza de significados ocultos y modelos simbólicos. Ella misma pretende ser tan autónoma como una obra de arte e igualmente resistente a la interpretación.

A partir de 1966 decide no limitarse a los temas estéticos y amplía repertorio emergiendo como activista política junto a Norman Mailer, Bernard Malamud, William Styron, Robert Lowell y otras figuras, sumándose a una «Lectura pública por la paz en Vietnam». A finales de 1967 fue detenida y brevemente encarcelada junto al poeta Allen Ginsberg por participar en una protesta antibélica. Como resultado de estas experiencias escribió ensayos políticos como «Some Thoughts on the Right Way (for us) to Love the Cuban Revolution» y «What's Happening in America?», el último incluido en su segunda colección de ensayos *Estilos radicales*.⁷

Su compromiso político también se manifiesta en un escrito radical de 1973 titulado «The Third World of Women» en el que además de reafirmar su apoyo al socialismo revolucionario, anima a las mujeres a trabajar fuera del hogar: «la liberación es poder». Las mujeres tienen que darse cuenta de que la familia restringe sus movimientos, encarcela a las mujeres en sus casas, las incapacita para competir en sociedad y «nutre una fábrica de culpabilidad y una escuela de egoísmo». La familia no es un refugio, es una prisión. Según Sontag, las mujeres deberían tomar las calles en señal de protesta; deberían aprender kárate; atacar los salones de belleza; organizar campañas contra las compañías de juguetes sexistas; presentar candidatas a los cargos públicos; destruir las vallas publicitarias denigrantes para la mujer; conservar sus apellidos de solteras; armar la marimorena en todos aquellos lugares en los que la dominación masculina y la subordinación femenina fueran un hecho manifiesto. Aboga en definitiva por liberar a las mujeres de una sociedad patriarcal y consumista, de una sociedad adquisitiva empeñada en devorarse a sí misma y todo cuanto la rodea.

Quizá nunca hubiera tenido un proyecto feminista, pero se sentía llamada a proclamar su propio manifiesto pues se consideraba a sí misma una feminista inconsciente cuyo estilo de vida así lo demostraba: su sueño de ser escritora independiente, su casi inexistente vida familiar, conservar sus apellidos después de casarse, el divorcio y el rechazo de la subsiguiente pensión a pesar de su precaria situación económica. El nuevo resurgir feminista de los setenta vinculaba lo personal con lo político, insistía en que lo personal era político; ella era una mujer de gran talento y decisión que había trabajado mucho para hacerse

⁷ *Escritos radicales* aseguró a Sontag un puesto entre los grandes ensayistas contemporáneos.

visible, para tener una voz propia, y el movimiento feminista le enseñó a contemplar su propio éxito desde un contexto político.

En 1975, se sometió a un chequeo completo y las pruebas revelaron un cáncer de mama que exigía una intervención inmediata. Dispuesta a luchar por su vida, comenzó a leer textos y publicaciones científicas. Se decidió por un tratamiento de quimioterapia experimental de 30 meses de duración en París. De esta experiencia surgió la idea de escribir *La enfermedad y sus metáforas*, libro que contraataca el fatalismo y el miedo y que comienza con esta frase impactante: «La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más costosa».⁸ Poderosa y a la vez vulnerable, su lucha contra el cáncer le proporcionó una sensación de liberación, le hizo reflexionar sobre su carrera y sobre todo la volvió más receptiva a la hora de posicionar a las personas que perdían la salud.

A finales de 1977 se publica *Sobre la fotografía*, un ensayo que obtuvo el premio de crítica del National Book Critics Circle en enero de 1978. Con este libro, Sontag contribuyó con algo nuevo a la literatura existente sobre la fotografía, cosa que no podía hacer con otras artes que ya habían suscitado un considerable trabajo teórico y especulativo: «Las fotografías no son realistas, sino surrealistas[...] pueden fundir los rasgos más dispares entre sí dentro de imágenes que resultan inverosímiles[...] La fotografía[...] niega la narración[...] congela(n) el tiempo[...] transmite(n) la ilusión de que podemos detener la historia y abarcar el mundo[...] nos habla del deseo de los humanos de apropiarse del mundo, de dirigirlo, de ejercer su poder sobre él».⁹

En 1980 sale a la luz *Bajo el signo de Saturno*, en el que su autora dedicará un ensayo a Benjamin, otro a Hitler, otro a Roland Barthes y el último a Elias Canetti. El ensayo de Benjamin da título al libro y en él presenta a un Benjamin que se ve a sí mismo como un texto o un proyecto en permanente construcción. A Barthes lo describe como un hombre inmensamente seductor que se resistía a las ideas recibidas o heredadas, ávido de compartir sus pasiones intelectuales y de atraer al público, un escritor de ensayo de matiz lúdico y creativo. A Canetti lo presenta como un intelectual insaciable, anhelante de modelos fuertes e incluso dominantes cuya niñez había estado repleta de desplazamientos, un personaje enzarzado en la búsqueda de su propia posición en un mundo de exiliados, un superviviente que en su obra maestra *Crowds and Power* (1960) aconseja: «aprended a respirar, buscad algo más allá de la acumulación de poder». No basta con el poder, ni con el éxito profesional o el acopio de sabiduría. Antes bien, uno debe asimilar el mundo, en palabras de Sontag, «uno debe respirar, ir

8 En 1992, la Asociación Literaria Nacional de Mujeres lo incluyó en una lista de setenta y cinco libros escritos por «mujeres cuyas palabras han cambiado el mundo».

9 Woody Allen con su película *Zelig* (1983) parece querer ilustrar la tesis de *Sobre la fotografía*. Allen satiriza la autoridad documental de las fotografías cuando presenta al protagonista, Zelig, en una mesa camilla rodeado de enfermeras. En el film se subraya con cuanta rapidez aceptamos las fotografías como algo real y dotado de sentido aun cuando resulte manifiestamente falso.

más allá de la avidez, identificarse con algo que rebasa los logros personales y la acumulación de poder».

Tras hacerse pública la sentencia de muerte dictada por el ayatolá Jomeini contra el novelista Salman Rushdie, Sontag promovió una campaña en defensa del escritor de los versos satánicos pues consideraba que «esto era un acto de terrorismo contra la vida del pensamiento». En 1989 su nombre encabezaría una lista de aquellos que se mostraban dispuestos a condenar públicamente la *fatwa* dictada contra un escritor a cuya cabeza se había puesto un precio de cinco millones de dólares tan sólo porque a juicio de Jomeini, Rushdie había blasfemado contra el Islam y su profeta Mahoma.

A Sontag siempre le ha atraído viajar. Ha visitado París, Praga, Londres, Berlín, Helsinki, México, Hanoi, La Habana, Estocolmo... En 1993 visitó Sarajevo, ciudad en la que serbios, musulmanes y croatas habían vivido en una atmósfera de paz e incluso de felicidad casándose entre ellos y sin prestar atención a sus diferencias religiosas y étnicas. Sarajevo encarnaba su ideal nacionalista, un ideal que ni Europa ni el resto de Occidente tenían la imaginación ni el valor necesarios para defender. Enfervorizada por su compromiso político y humanitario, entre 1993 y 1996 realizó un total de once viajes a dicha ciudad cuya duración osciló entre unas pocas semanas y algunos meses. Durante sus visitas, trabajó con niños de enseñanza primaria, realizó transmisiones radiofónicas, apareció en documentales filmados por la compañía de producciones cinematográficas de Sarajevo y dirigió una obra de teatro, *Esperando a Godot*, que resultó quizá demasiado apropiada y que comienza con la frase: «No hay nada que hacer». Al igual que los personajes de Becket aguantan a pesar de su desesperanza, los habitantes de la ciudad aguardaban y aguardaban la llegada de su Godot, de la ayuda necesaria para enviar a los serbios de vuelta a Belgrado. En febrero de 1994 sería galardonada con el premio Montblanc de Cultura por su labor en Sarajevo, premio que entregó al centro bosnio del PEN diciendo: «Este premio pertenece en realidad a Sarajevo. Yo sólo soy un instrumento».

En su novela *In America* (1999), ganadora del National Book Award en el 2000 y dedicada a sus amigos de Sarajevo, soliloquia la actriz de teatro: «Desde luego que sufro. Es mi papel. Toda una vida poniendo cara de malhumorada, atormentada y desgarrada por el dolor. Sería el peor de los monstruos si no sufriera. Pero no me importaría ser el peor de los monstruos». Sincera, locuaz, encantadora, oradora profesional, cronista de la cultura contemporánea y producto de ella, carente de raíces, aquella a quien le disgustaba la idea de verse atada a sus propias opiniones, cuyas obras parecen discutir consigo mismas..., seguirá siendo célebre por su estilo, por esa dialéctica personal que subyace en gran parte de sus escritos.

No fue ajena a la provocativa obra de Virginia Woolf, *Una habitación propia*, y cuando escribió su pieza teatral *Alice in Bed*, estrenada en Bonn (Alemania) en

1991, se le ocurrió discurrir: «La obligación de ser físicamente atractiva y paciente y enriquecedora y dócil y sensible y deferente con los padres (los hermanos, los esposos), contradice y *debe* necesariamente enfrentarse al egocentrismo, la agresividad y la indiferencia hacia uno mismo que cualquier don creativo verdaderamente sustancial precisa para florecer como es debido». Aunque enamoradas/os como estamos de todas y cada una de sus florituras estilísticas, no podemos por menos de admirarnos al tratar de sopesar el contenido de tales disquisiciones filosóficas. Su sentido e interpretación pueden verse menoscabados por apelotonamiento de ideas.

Las primicias del despertar a nuevas concepciones literarias vinieron de la mano de singulares escritoras norteamericanas que la precedieron, pero el trabajo de Susan Sontag abarca campos tan variados y temáticas tan dispares que, tal vez, reflejen mayormente al reportero que no soslaya peligros a la caza de la noticia. Al tiempo que su labor humanitaria evidencia un apasionante interés por los menos favorecidos, ha sabido hallar en sí misma la autoridad, la valentía y la fuerza necesarias para arrebatar de las sombras todas aquellas cosas hasta entonces en el lado oscuro y con ello contribuir a definir aspectos fundamentales de nuestra cultura contemporánea.